

TEXTOS ANTICS

Secció a cura de Josep M. CALBET I CAMARASA

CARLES MONTAGÚ.- (TIANA, MARESME, 1823; BARCELONA, 1903).

Rebutjat per la seva mare però reconegut per John Montagú, mariner solter de nacionalitat britànica es va llicenciar en medicina a Barcelona el 1847. Doctorat amb la tesi "*Brevísima reseña de la relación que ha existido entre la Filosofía y Medicina paganas*" (Barcelona, Imp. Tomàs Gorchs, 1850). Fou metge dels sectors benestants de la societat catalana. La tesi té un doble interès, ja que per un costat s'hi fa un resum conceptual de l'evolució de la medicina, i per l'altre posa en evidència, que encara a mitjan segle XIX, les doctrines hipocràtico-galèniques eren plenament vigents en el claustre de la Facultat de Medicina de Barcelona.

LA FILOSOFÍA Y LA MEDICINA PAGANAS

(pàg. 5) En la infancia de las sociedades la filosofía era la universalidad de las ciencias. Los patriarcas del país de Promisión y de la Tierra Santa, los Magos del Nilo, los Brachmanes del Indus y del Ganges, los Héroes y Semidioses de la Iliada, los Asclepiades de los Helenos encerraban en si los primeros deste-

(pág. 6) llos de todas las ciencias que debían tomar un incremento gigantesco en la consumación de los siglos. La tradición en aquellas épocas oscuras y fabulosas, reveló al padre de una familia, al jefe de una tribu ó nación, ó al místico sacerdote del templo, la ciencia de su antecesor mientras pudieron contenerla los límites de una sola inteligencia; mas luego que su desarrollo salvó el estrecho círculo que le formaba la comprensión humana, desgajáronse de cuajo y una por una todas las ramas del saber del tronco que las reunía. Ya no se buscó en el *Vadagasastir* de los Indios, en el *Zend* de los Persas, en la *Hermeada* de los Egipcios, en el *Nuy Kim* de los Chinos, ni en el Libro Santo mas que las leyes é ideas religiosas con las fórmulas, sacrificios y ritos ceremoniales: quedaron las ciencias divididas, con nociones propias de verdad, pero tumultuosamente, sin orden, sin sistema: necesitaban un vínculo que las uniese, un amparo que las realizase y convirtiese en cuerpo de doctrina: este amparo se lo prestó la filosofía. Nacieron los sistemas filosóficos y con ellos los sistemas de las otras ciencias.

Textos antics

(pág. 7) A esta necesidad se agregó otra no menos imperiosa; la del raciocinio, la cual recogió los esparcidos fragmentos de las naciones, teorías y hechos prácticos de las ciencias, y los sometió á la fuerza reorganizadora de la filosofía. Por este motivo aquellas experimentaron en su esencia, desde su nacimiento, las sucesivas modificaciones que corrieron parejas con la ciencia de Pitágoras. Más no se doblegaron todas a este yugo de un modo igual, sino que se situaron como satélites en la esfera de atracción que les permitió su índole. Húbolas que sintieron el influjo en todo su ser, viviendo con los mismos elementos que los de la madre común; y las mas recibieron de esta los principales soplos de existencia, y roborándolos llegaron a medrar por sí, hasta constituir un cuerpo de ciencia independiente: a estas últimas pertenece la Medicina.

Dijeron los oráculos de Cos y de Pérgamo que el arte de curar era un craso empirismo antes de la aparición del sistema pitagórico; y esta verdad se halla confirmada siempre que se establece un paralelo entre los princi-

(pág. 8) pios cósmogo-filosóficos y sociales, y los rudimentos que formaban el arte de Esculapio. Notabilísimo es el contraste que nos ofrece la India entre su constitución, filosofía, religión y la medicina. Es un caos, mezcla de verdades y de fábulas, de principios sublimes y de poesías extravagantes, de ideas santas y de sentimientos fanáticos, en donde se hallan revueltos y confusos los dogmas religiosos y los preceptos de una moral pura con una ignorancia bárbara y grotesca. La idea de la existencia de un Dios increado, inmenso y eterno se ve entre ellos desfigurada por el extravío de imaginaciones poéticas que multiplican el número de los dioses; adoran á la Santísima Trinidad bajo la forma de seres caprichosos de virtudes y de hechos mas caprichosos todavía; y la metempsychosis es llevada al extremo de ofrecer su vida en holocausto para nacer otra vez y aproximarse mas al Ser supremo. El pecado deprime al hombre hasta asemejarle al bruto, y una vez separado de Dios, nada mas que una expiación cruenta puede asimilarle á él: mándales su filosofía desprenderse de las cosas terrenales y llenar

(pág. 9) su espíritu de la imagen de Dios hasta perder la idea del yo individual; y les prohíben sus ritos, investigar las causas, interpretar los fenómenos naturales, hacer adelantos en las ciencias y artes, evitar las desgracias y peligros, porque viene todo de Dios; el bien y el mal están escritos; la fatalidad lo gobierna todo. ¿Nos admiraremos pues que las instituciones y ciencias que enseñaron á los antiguos magos y á los filósofos griegos sorprendan ahora á los europeos, y que permanezcan invulnerables á los tiros que les asestan de continuo las sociedades actuales? Así que pocos adelantos pudo hacer la medicina entre gentes que aun hoy día en honor de sus ídolos, no cuidan de su salud, desprecian su vida, cortan voluntariamente su piel con afilados cuchillos, penetran con agudos clavos sus carnes y se dejan pulverizar bajo las ruedas de la inmensa mole del ídolo de Jaregat; y si las oscuras supersticiones de su filosofía y

religión comprendieron en ellas la medicina, no nos será extraño la veamos disfrazada ó convertida en una farsa grotesca, que unida á lo imperioso de sus creencias se oponga á que

(pág. 10) la luz de la verdad y del estudio la levanten de la abyección en que yace sumergida por tantos siglos. Esto evidencia lo que puede sobre la moralidad del individuo el fanatismo de la raza. Por la misma causa los Chinos, con algunas creencias distintas acerca de su religión, filosofía é instituciones, han tenido las mismas tendencias á conservar intactas las tradiciones de sus mayores y á negar el uso de la razón al espíritu influyente de otras naciones..

Brillan por su originalidad en la filosofía de esta pueblo algunos principios que traslado aquí: "Hay en el universo cinco elementos, el agua que es emanación de Dios, los vegetales que nacen del agua, el fuego ó los espíritus ígneos que consumen los árboles, la tierra ó cenizas hijas del fuego y los metales procedentes de la tierra: constituyen el universo tres regiones: la superior celestial, cálida, influyente, llena de espíritus; la inferior (tierra), tosca, fría y húmeda; la media ó el hombre, mezcla de lo espiritual con lo terrestre, de lo caliente con lo frío". Aplican estos principios al arte de curar y dan tres re-

(pág. 11) giones al hombre, la celestial ó superior, la terrestre ó inferior y la céntrica ó mezcla de las anteriores; cada región tiene sus dos pulsos; la primavera, los sabores amargos, los espíritus calientes influyen en la parte celestial; el invierno y la humedad en la terrestre; el sabor dulce, los olores y colores suaves en la media. Y sin mentar los fantásticos dislates sobre la estructura del cuerpo humano, hijos de la extravagancia de imaginaciones exaltadas y fanáticas; es mas de admirar todavía que su semeiótica estribe únicamente en la crecida multiplicidad de pulsos, á los cuales corresponden ya un órgano, ya una enfermedad, ya un medio terapéutico, un dato pronóstico, un restablecimiento próximo ó una muerte infalible. De esta suerte unas ideas teóricas tan absurdas, debieron impedir precisamente las ilaciones indispensables para constituir una colección de reglas ó una arte; y por esto la terapéutica en la China se reduce á la aplicación de remedios según le dicta el sentido común al farmacólogo ó flebotomo que la ejercita.

Olvidemos empero la secular y vetusta ilus-

(pág. 12) tración del Chino: volvamos el rostro al Hiran, y hallarémos edificado el templo del Altísimo sobre cien columnas de fuego en la elevadísima cumbre de las cumbres, y por entre llamas aparecer Ormuz y criar por orden del Señor la luz y las tinieblas, el bien y el mal, dar la vida a todos los seres, organizar los millares de escuadrones celestes que defienden á la divinidad omnipotente. Desde allí dice á los Persas: "Todos seréis juzga-

Textos antics

dos por mi, la recompensa del bien será un goce eterno, la del mal eternos suplicios atroces: reconoced cuatro elementos, admitid los números sagrados 3, 4 y 7: yo he arqueado la bóveda celeste, sostengo la tierra, domino los genios del mal y he criado al hombre á imagen de mi dueño el Ser de los seres, el Omnipotente en la omnipotencia, el Eterno en la eternidad: los males vienen de Dios para azote de los perversos, la medicina es un alivio que se digna concederles: separad de vuestro lado al leproso porqué es el réprobo del Eterno". Tales son las líneas que la historia deja trazadas en sus páginas acerca del arte médica del pueblo del Hiran; y ella nos

(pág. 13) revela que las demás creencias de observación guardaron los mismos destellos de vida que les dió el legislador Hom, y que comentó mas tarde Zoroastro. Las fatigas de la guerra, el lujo y molicie de la ociosidad, y la desapoderada ambición de los magos arrancaron los retoños que arrojaba la vid plantada por los primeros sabios.

Iguals causas é idénticos efectos han infincionado la filosofía é instituciones egipcias: sus primeros genios bebieron en el manantial común, y la índole del pueblo disfrazó torpemente las doctrinas que aquellos promulgaron; y mientras que la multitud se prosternaba delante de imágenes groseras, emblemas de sus alegóricas creencias, los magos, esto es, los sabios adoraban a un Dios que les habló en su revelación: "Yo soy quien es, ha sido y será, y nadie ha levantado todavía el velo que me cubre" –Reinaban entre este pueblo como dogmas certísimos la inmortalidad del alma, la metemscosis, los números sagrados, la reunión de la materia á un espíritu en todo lo que es, y una porción ya de creencias ya de fábulas,

(pág. 14) que son otras tantas reminiscencias de las filosofías indiana y persa. Sin embargo no han llegado hasta nosotros estas doctrinas sin haber atravesado una multitud de crisis políticas, literarias y filosóficas, que encubriéndolas tal vez con un bello colorido no han dejado ver sino la parte mas halagüeña y seductora. Ello es que los filósofos y legisladores griegos fundaron sus sistemas después de haber escuchado las lecciones de los Egipcios, ó tal vez después de haberse iniciado en los tenebrosos secretos de Osiris. La herméada nos revelaría el saber de los sacerdotes de los Faraones si tuviéramos una certitud moral de que nos ha sido compilada por los sabios de los Tolomeos. Sea como fuere la medicina se presenta en un estado floreciente por el órden de enseñanza médica, por los preceptos prácticos y por la inimitable perfección de los embalsamamientos. Métodos antiquísimos, tan antiguos como sus creencias, eran destinados a conservar la parte material del hombre para cumplir los infalibles decretos de la Providencia. Obligóles la trasmigración de las almas á cuidar con igual esmero del cuerpo

(pág. 15) de los animales sagrados, y en consecuencia el arte de embalsamar se extendió á todo lo que simbolizaba un atributo de la divinidad ó la divinidad misma. Bien hizo pues el árabe que acompañaba á Pariset, cuando desde la cúspide de la mayor de las pirámides al ver la vasta llanura de cincuenta leguas cuadradas exclamó: “todo esto es momia”. Empero esta es la única práctica que tiene una relación inmediata con sus principios, porque fuese el deseo de evitar por un vínculo artificial la separación del alma por no sufrir el terrible fallo del juicio eterno, fuese para conservar una morada á otra alma destinada á alojar en ella, ó fuese como supone Pariset con el objeto de impedir la emanación de miasmas, opinión mal fundada y absurda en mi sentir, una práctica transmitida primero por tradición, luego por rito en el espacio de tres siglos y de generación en generación, debe encerrar en sí un deber mas imperioso y absoluto que un capricho fútil, una mónada fantástica ó un simple método higiénico. ¿Nada dice acaso, señores, la suerte que ha cabido á los embalsamamientos? Destruyose la reli-

(pág. 16) gión egipcia y aquellos se extinguieron á su vez para nosotros, como una precisa consecuencia.

Los demás preceptos del arte médica son hijos legítimos de la sola experiencia, recopilados en espacios de tiempos transcurridos en medio de convulsiones mundanas de todas clases, y puestos bajo un pié de doctrina puramente empírica y sin ninguna ilación con las teorías cósmogo-filosóficas. Y este pueblo lumbrera de la antigüedad, crasa y tenebrosa niebla en nuestras civilizaciones, iluminó é inspiró á los genios europeos que fueron á consultar sus oráculos, á estudiar sus leyes y á interpretar sus jeroglíficos. Estos plagios felices que la necesidad buscaba y reclamaba la civilización, fueron fecundados por imaginaciones clarísimas, tan ardientes como claras, y dieron por fruto el desmonte y primera mano de cultura á las sociedades bárbaras que vivian sumidas en el pillaje.

El plagio del Egipto por la Europa es incontestable, y el que supone entre aquel y los pueblos del Asia es controvertible. Ante todo hay que observar en las creencias filosó-

(pág. 17) fico-religiosas de los primeros pueblos un fondo real de verdad disfrazado por fábulas quiméricas que apenas dejan entrever el objeto que cubren. Este fondo reune, traba y enlaza todas las religiones, todas las filosofías, y las convierte en una sola para dar á la fábula una presa que desfigurar; así que el genio pensador ve en ellas la existencia de un Dios con unos mismos atributos, la creación de espíritus de diversas categorías, una rebelión de los malos genios contra el poder omnipotente, una lucha entre buenos y malos espíritus terminada con el triunfo de aquellos, la creación del primer hombre, su primer pecado, una resurrección, goces y penas eternas, la creación del mundo, la reunión de la materia con el espíritu, la homogeneidad de la materia, los cuatro elementos, etc. Mas la imaginación del hombre ha tomado para sí estos princi-

Textos antics

pios y los ha desquiciado bajo el peso de la ficción: ha inventado nombres, ha simulado semidioses, hechos y épocas, las ha entregado al pueblo, y este, admirador de fantasmas y visiones, ha proclamado con entusiasmo lo que no comprendía, y se ha so-

(pág. 18) metido á influencias que ignoraba. ¿De dónde nace pues el comunismo de estas ideas? ¿es un plagio de una nación a otra? ¿y si lo es cuál ha comenzado primera? ¿ó será como dice el profeta: paréceme distinguir el ardiente soplo de Jehová que comunica á todas las inteligencias la imagen intuitiva de su ser? Ello es que existen, y aún en las transformaciones que las ha dado el genio, y en las instituciones que de ellas ha nacido, vemos ciertos ritos y prácticas que ha trazado la imitación con su poderosa mano. Bástenos á guisa de comprobante el recuerdo de aquellos hombres, llámense como quieran, que rodeaban á los reyes, que les tenían sujetos, que les regulaban la vida, que les dictaban las palabras, y que al fin á fuerza de hábito les imbuían sus conceptos. A esta especie de fusión de creencias, instituciones y usos debía seguirse forzosamente la de las ciencias y artes; y como efecto de las mismas causas la medicina se hallaba al mismo nivel que las otras. Mas resulta aquí un hecho que no puedo omitir, y es, que mientras la imaginación se cebaba en sus obras y productos, extendiéndose en vue-

(pág. 19) lo inmenso como lo atestiguan las grandiosas poesías, los preceptos de una moral purísima y las quimeras con que adornaban sus mas sublimes dogmas, las ciencias y artes de observación permanecieron en un letargo que solo paulatinamente y en el transcurso de los siglos han podido sacudir. Y en esto veo yo, señores, otra causa de abyeccióm de la medicina.

Pero si los preceptos religiosos unidos al poderoso dominio de los sacerdotes y al fanatismo del pueblo pusieron fuertes cortapisas al desarrollo de las ciencias en Asia y África, rompiólas en Grecia un pueblo guerrero y libre que no conocía mas yugo que su voluntad, ni admitía mas autoridad que su voluntad misma. Los Helenos recibían con entusiasmo los viajeros que les enseñaban nuevos usos, nuevas doctrinas, nuevas ciencias; y es de ahí que todo sistema contaba ya al nacer con una muchedumbre de neófitos que se afanaban para promulgarlo, y se esforzaban para perfeccionarlo y engrandecerlo. Sin embargo cuanto Pitágoras trocó la gimnástica por la filosofía hallábanse regidos los Griegos

(pàg. 20) por las mismas instituciones que los Egipcios; no se había corrido todavía el velo que celaba los misterios de los templos, y algún legislador les había dicho: aprended á gobernaros por leyes de pueblos civilizados cuya antigüedad se halla corroborada en la perfección de aquellas sociedades. Veíase pues estampado en las costumbres, creencias é instituciones de la patria de Homero un remedo de todo lo egipcio, pero

alterado por las necesidades del clima y por el genio de sus habitantes. La medicina siguió en este pueblo las mismas fases que en las naciones mencionadas; y no podía dejar de suceder así, toda vez que imperando las mismas causas debían producirse los mismos efectos. Más antes de entrar en la brillante era que aguardaba á la medicina, era de desarrollo en que ya no tuvo la vida de la hiedra sino que existió con la corpulencia de la enciana, forzoso me será reunir en un solo cuadro la organización médica de los distintos pueblos en relación con el organismo social de los mismos.

Queda ya indicada en las primeras líneas de este escrito la trabazón que en los pueblos

(pág. 21) primitivos unía la sociedad con las ciencias, y de qué modo sufrieron el desmembramiento consecuente á sus paulatinas creces. Mas en esta situación los inspirados de los dioses formaron un círculo impenetrable á la curiosidad de los que no estaban iniciados en el servicio de los templos. La grosera credulidad del vulgo en aquellos siglos de ignorancia y de superstición miró las enfermedades como un castigo celeste, como un aviso de la cólera divina, ó como una influencia del maligno espíritu; y nunca supo ver un fenómeno comun hijo del orden regular de las causas naturales. De aquí las súplicas, oraciones, expiaciones, sacrificios, exorcismos y todos los demás medios que apaciguaban la cólera de los dioses causa de las enfermedades que afligían á los hombres. Los sacerdotes entrevieron la situación, y aprovechándose de las tendencias de la época, empuñaron también el cetro de la medicina: esta era en resúmen la situación de los mencionados países cuando Pitágoras fue á interpretar los libros de Isis.

Llegamos ya á aquel brillante período del arte médica, en el cual naciendo las verdade-

(pág. 22) ras teorías descendióse á la arena de las luchas científicas y quedó convertida el arte en ciencia. Regresó á su patria el filósofo de Samos y proclamó el sistema que abraza y une con un mismo lazo á Dios, el universo y la eternidad. Este filósofo enseña á Dios por el número uno, la materia por el dos, el universo por el doce, resultado de justaposición de las cifras precedentes. Toma de este número los múltiples tres y cuatro, que representan tres mundos con cuatro esferas concéntricas; Dios se halla situado en el centro, las llena todas y no es alcanzado por ninguna. El aire, el fuego, el agua y la tierra corresponden á las cuatro modificaciones elementales de la materia y representan las cuatro esferas de que se componen cada uno de los tres mundos: luego uno es el principio activo, espiritual, oculto; dos el principio pasivo, material; tres la unión de las facultades; cuatro la plena esencia de la cosa. Así es el hombre: tiene un espíritu, un alma, goza de un cuerpo, y la unión de estos tres principios forma el cuatro, el hombre ó el *microcosmos*. Hay dos esencias eternas increa-

Textos antics

(pág. 23) das: el espíritu y la materia; esta es homogénea y está dotada de una perfectibilidad sin límites; aquel anima á todo lo que es. El hombre guarda un justo medio entre lo intelectual y lo sensible; es el último de los seres superiores y el primero de los inferiores: tiene libertad de acción; si es virtuoso su alma se une á los seres inmortales, si es criminal se confunde con las especies mortales; luego el alma nunca muere pero trasmigra. En esto consiste la esencia del sistema pitagórico. La novedad y el bello ideal de estas máximas atrajeron á un considerable número de secuaces, y ocasionaron un verdadero trastorno en las ciencias inclinándolas todas á su irresistible dominio. El ilustre Asclepiades de Cos adoptó, con una erudición robustecida por la experiencia de repetidos viajes, las doctrinas de su coetáneo, y fundó con indestructibles cimientos el dogmatismo médico para que resistiese al furor de las sectas y á las revoluciones de los descubrimientos. Hipócrates estudió á Pitágoras y sentó este dogma: "Hay un principio simple y múltiplo en sus efectos que preside á toda la economía

(pág. 24) humana; produce los efectos y causas contrarias y es la vida del todo y de las partes". Reprodujo las cuatro modificaciones de la materia en el cuerpo del hombre bajo los elementos seco, húmedo, caliente y frío; dio á cada uno de ellos un humor animal, y por esto admite la sangre, la bilis, la atrabilis y la linfa y subordinó en fin estos principios á las cuatro estaciones, primavera, verano, otoño é invierno, sin negar por ello la unidad y homogeneidad de nuestra máquina. Sugerióle la teoría de los números una bella idea para aclarar ciertos fenómenos marcados que sobrevienen durante el curso de las dolencias; de suerte que representando por cuatro la economía animal, por tres la enfermedad, la lucha de entrambas igualmente por tres, y añadiendo sucesivamente estos múltiplos se forman los siete, once, catorce, etc., todo lo cual constituye la teoría de las crisis. Estas hermosas concepciones de los fenómenos morbosos imprimieron en la práctica un sello especial de donde procede la medicina hipocrática, y esto nos explica por qué los médicos que siguieron estas doctrinas no inves-

(pág. 25) tigarón un síntoma sino una colección de síntomas, no vieron sufrir un órgano sino toda la máquina, no atacaron á una dolencia sino auxiliaron á la naturaleza á fin de que esta arrojase de sí el principio morbífico que la combatía. Esta es la base del diagnóstico y terapéutica peculiares á los dogmáticos. Así nació este sistema médico hijo de un sistema filosófico, y mientras que sus prosélitos le nutrían vigorosamente con infatigable ahínco y acertadísimo espíritu de observación, se preparaban nuevas reformas que debían completarle y exponerle de esta suerte á las convulsiones médico-literarias para atravesarlas ileso hasta nuestros días. Platón y Aristóteles suscitaron estas reformas. Las sutiles ideas físico-psicológicas del filósofo de la Academia dimanadas del principio de Anaxágoras: *La suprema inteligencia lo ha dispuesto todo para la mayor perfección posible*, le aislaron el pensamiento de las sensaciones y lo elevaron

sin necesidad de los estímulos exteriores á regiones desconocidas de él y creadas únicamente por él. Las categorías y fracciones de las almas del hombre, la forma

(pág. 26) triangular esencial y primitiva de la materia y la naturaleza de las causas que reconoce el Académico, son parto de una imaginación tan ensimismada como flagrante. Por esta razón describe el cuerpo del hombre y explica su antropogenia, acomodándolo todo por capricho á la naturaleza de las almas, y concede á las enfermedades formas triangulares de existencia y duración prefijada, de manera que, según esta teoría, los medicamentos y remedios alteran y agravan las dolencias en vez de curarlas. Ved, pues, qué origen trae aquel precepto que dice al dogmático: no alteres la carrera de la enfermedad con remedios fuertes é intempestivos; tu obligación es observar la naturaleza y auxiliaria cuando ella lo reclame. Empero el filósofo de Estagira, aunque discípulo asiduo de la Academia, emitió el célebre axioma diametralmente opuesto á los de su maestro: *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, y propalándolo echó los cimientos de su peculiar filosofía experimental que debia regenerarse de un modo tan diverso en nuestros siglos á los impulsos de Bacon y de Locke. Cree en efecto que las ideas

(pág. 27) generales son las primeras que percibe el entendimiento, y en consecuencia busca los principios generales de todas las ciencias y los halla en las oposiciones; porque los principios no pueden engendrarse uno á otro ni ser engendrados por nada, al contrario todo dimana de ellos. Esto forma la esencia de las primeras oposiciones, las que no dependen de nada ni de nadie porque son primitivas; ni se crean mutuamente porque son opuestas. Brotan de estas ideas las oposiciones de lo frío con lo caliente, de lo seco con lo húmedo, de lo espiritual con lo material. El jefe de la escuela peripatética coloca el alma única é indivisible en todo el cuerpo y en cada una de sus partes, pero la concede propiedades distintas según el órgano ó molécula que vivifica. Y establecido ya el antagonismo producido por las oposiciones y los principios, asegura que cuando aquel se desequilibra hay enfermedad, y esta no puede desaparecer sin que se restablezca el equilibrio por la adopción de medios contrarios, lo que ha conducido al *contraria contrariis tolluntur*. Estos axiomas del dogmatismo, fecundizados por el

(pág. 28) genio brillante de Galeno, dominaron casi exclusivamente en el mundo médico; á ellos se agregaron los frutos de la perspicaz observación del Asclepiades de Cos y la inmensa erudición del Estagirita para formar la columna en la cual se apoyan las mejores máximas y los preceptos mas sabios y prudentes del arte médica.

Las disputas escolásticas tan frecuentes en esta época aguzaron los ingenios y despertaron el gusto por las discusiones filosóficas. Trocáronse al impulso de estas tendencias los gimnasios, circos y plazas públicas en escuelas filosóficas á donde concurría la

muchedumbre afanosa á satisfacer su sed de controversias. Descollaron entre muchos Demócrito y Leucipo, jefes de la doctrina atomística que mas tarde comentó y rejuveneció Epicuro con sus elocuentes discursos sobre el movimiento perpetuo de los átomos, el vacío, la eternidad, la no creación de la materia y la inexistencia de lo espiritual; Parménides y Zenón que negaron la realidad del todo y no admitieron mas que la verdad de nuestras sensaciones, teorías que desarrolló con un talento

(pág. 29) poco común el célebre Pirron; y Euclides cuya secta tomó el epíteto de contenciosa porque fue su único objeto vencer á sus rivales prescindiendo de las opiniones filosóficas que adoptaban. En medio de este frenesí del ergotismo fuéle imposible á la medicina guardar neutralidad: Sobrevinieron un Filino de Cos, un Serapio de Alejandría que minaron por los cimientos las teorías dogmáticas y proclamaron las suyas vaciadas en el molde de la secta pirrónica. Negase el principio inteligente que guía a la naturaleza, se despreciaron los esfuerzos críticos, fueron tratados con befa denigrante los principios platónicos y aristotélicos, en fin no se admitieron mas que las impresiones de nuestros sentidos, y las causas, efectos y naturaleza de las dolencias fueron poco menos que olvidadas. Constituian estas ideas una medicina puramente sintomática. Fue pues la observación la única guía de los empíricos, pero una observación tan detenida como escrupulosa: y no contentos con lo que cada uno de por si veía y tocaba para formar un *teorema*, esto es, el conocimiento de un cuadro de síntomas, apelaron á

(pág. 30) la *historia*, al *analogismo* y á la *autopsia*, medios poderosos á cual mas para afianzar y robustecer sus doctrinas. No fueron empero suficientes estos esfuerzos para impedir que Asclepiades de Bithinia calcase su sistema médico sobre el epicúreo. La teoría atomística ó metodística que estableció fue sabiamente desarrollada por Temison, Tesalo de Tralles y Sorano de Éfeso. Presentóse la medicina bajo el dominio de los metodistas con tal aparente simplicidad, que uno de sus corifeos ofreció á la inteligencia mas estúpida iniciarla completamente en sus doctrinas en el corto espacio de cincuenta días. Y en efecto consistian sus teorías en explicar la salud por el justo equilibrio entre el número de átomos y el de los poros, entre el movimiento intestino de estos y la constricción y dilatación de aquellos. Queda destruido el equilibrio, según estas doctrinas, por el excesivo movimiento ó lentitud de los átomos y por la morbosa dilatación y constricción de los poros, todo lo cual es causa de las enfermedades conocidas en aquellas escuelas. A este efecto clasificáronlas según las causas y las admitieron

(pág. 31) de tres clases, de constricción, de relajación y mixtas, y adoptaron medios apropiados á esta singular distribución. Tales fueron los sistemas predominantes en las épocas de que nos ocupamos; sin embargo, hubo quien haciendo alarde de su condición y firmeza no inclinó su frente á ninguna secta y prohibió al médico pisar el terreno de las teorías y dió sus votos á la práctica adquirida por experiencia propia. El eclecticismo,

dice Renouard, es el autocratismo individual erigido en dogma; es el Proteo de la fábula: no presenta cuerpo porque no tiene formas propias; evita la discusión porqué existe sin principios.

No debieron pasar en silencio, M.I.S., otros principios filosóficos que á pesar de ofrecer menos interés estamparon su fisonomía á la medicina; y tal vez el desarrollo de los sistemas precitados no tiene la extensión que requiere el asunto: pero debía satisfacer á las exigencias de este acto, y es la brevedad una de ellas. Una observación debo hacer sin embargo al poner término á este trabajo, y es que en medio de las teorías y sistemas que han nutrido si cabe á la medicina han existi-

(pág. 32) do los hechos como perdidos en un abismo y sin advertirlo á medida que aquellas nacían se acomodaban á las prácticas y experimentos, en una palabra, los mismos efectos han sido explicados sucesivamente por distintas causas. Pero los hechos se han multiplicado y han caducado las teorías para morir ó para rejuvenecer con modificaciones: aquellos han formado la realidad, estas su ornato: los primeros fueron el núcleo, las segundas constituyeron la faz que varió, creció y feneció segun los genios. De esta suerte existió la medicina en aquellas épocas; gozando de vida propia, siempre modesta, nunca rechazó los soberanos auxilios que le prestó la filosofía.

He dicho

*

Hem transcrit aquesta tesi de l'exemplar existent a l'Arxiu General Històric de la Universitat de Barcelona que té per referència **CAT-AUB 01 EA**.